

que en ellos se juega la viabilidad de la hipótesis. Por ejemplo: se habla del «instante» de la muerte como el mismo de la resurrección; del «momento» de la muerte como no «distanciado» del de la resurrección (294, nota 14). Pero en la página anterior se ha dicho que hay «una verdadera diferencia», más aún, «una verdadera distancia» entre el «momento» de la muerte y el «momento» de la resurrección» (293). O al menos así lo estipula el documento papal. En otro lugar he escrito que el actual debate sobre el estado intermedio «se interna ya en un fárrago de confusas sutilezas» (J. L. Ruiz de la Peña, *La muerte, destino humano y esperanza cristiana*, Madrid 1984, 69s.); la hipótesis de J. Gil confirma este diagnóstico.

Algunas observaciones más, de menor cuantía. Sorprende que en una tesis doctoral sobre el estado intermedio no se mencione en absoluto el documento que en 1979 hizo público la Congregación de la Fe acerca de lo mismo (AAS 71, 939-943). Tanto más cuanto que la hipótesis del autor encaja perfectamente dentro de ese texto. Greshake ha matizado últimamente su postura sobre el carácter no vinculante de un término temporal de la historia. Se me atribuye la defensa de una «temporalidad postmortal discontinua» (190); en realidad, de lo que yo hablo es de una «duración sucesiva discontinua» (como se reconoce más adelante, 284, nota 54), al referirme a la duración de los muertos. En rigor, creo que hablar de «temporalidad discontinua» es una *contradictio in adjecto*; quien dice *temporalidad* dice *duración continua* y sucesiva. Obviamente no es ésa la opinión del autor; por eso me trasfiere lo de «temporalidad (y no duración) discontinua».

En todo caso, estas observaciones no oscurecen los valores del trabajo de J. Gil; se trata de un estudio serio, concienzudo, meditado, que tiene además el mérito de proponer una teoría original. Cosas todas, por desgracia, poco comunes en la literatura teológica actual. Libros de esta clase han de ser, por fuerza, polémicos, pero son también estimulantes. Y, a fin de cuentas, eso es lo que importa.

J. L. Ruiz de la Peña

2) HISTORIA ECLESIASTICA

A. Faivre, *Les laïcs aux origines de l'Eglise*: (Paris: Le Centurion 1984) 296 pp.

El autor, conocido por otras obras sobre los misterios (*Fonctions et premières étapes du cursus clerical*, 1975; *Naissance d'une hiérarchie*, 1977), aborda en este estudio el tema de la participación de los laicos en la vida de la Iglesia durante los primeros siglos. Partiendo de la situación histórica de olvido y redescubrimiento actual del laicado, se propone presentar la verdad de los laicos y del laicado desde la praxis y sentido más primitivos (pp. 5-10).

En la *primera parte* (caps. I-III) trata del «nacimiento de un laicado» durante los siglos I-II (pp. 13-60). Después de ofrecer un panorama sobre la situación que presenta el NT, en el que si bien aparecen las bases de un desarrollo posterior no se puede hablar todavía de «clérigos» y «laicos» (pp. 13-27), pasa a hablar de la «aparición del hombre laico», analizando